

“Los Inútiles” de Duelo

Por RAÚL GONZÁLEZ LABBE

Hacía tiempo —mucho tiempo— que nos había abandonado. Su figura alta, fuerte, invencible no aparecía por la tertulia de nuestro grupo. Lo extrañábamos, de verdad que lo extrañábamos, pues hacía falta ése su afán de discutir cualquier premisa, cualquier acuerdo. Con razones poderosas bien fundamentadas ponía en aprietos al que sostenía la tesis contraria.

Héctor Sanhueza —el Dr. Sanhueza— sabía de todo y todo lo tenía guardado en su extraordinaria memoria, pronto para sacarlo y lucirlo cuando la ocasión se presentara.

No lo conocí otro cerebro mejor dotado, ni una inteligencia más viva y sabia que la de este “hermano inútil” desaparecido hace un par de semanas después de una larga y cruel enfermedad. Enfermedad que lo fue ganando lentamente, poco a poco, hasta reducirlo a una pobre sombra humana que podía reposar, nada más que reposar, cansado de luchar por tantos años.

Yo estaba convencido de que Héctor Sanhueza no moriría jamás. Lo veía tan grande, tan poderoso, tan dueño de sí mismo que no me lo explican deteniéndose; que no lo entienden, no lo reconocen, dentro de esa caja negra desde donde no podrá levantarse jamás.

Llegaba a las veladas que “Los Inútiles” organizábamos, corrigiendo detalles, dando luz a olvidos, apurando arreglos a la sala que demoraban demasiado. Nuestro primer “Almirante” Augusto d’Halmar lo bastó una de esas tardes como “el organizador de las cosas ya organizadas”. Héctor reía. Reía con

esa risa abierta, franca que nos contagiaba a todos.

¡Tanta vivencia juntos! ¡Tanto trato íntimo lleno de sucesos graciosos, grillos, gloriosos...! Durante una excursión a los cerros de Talamí y Agua Fria, las cisquillas de la Cordillera de la Costa, vivimos ocho días, junto al poeta Oscar Castro, en tertulia permanente, en juegos de palabras, de equívocos, en discusiones sobre todos los temas que inquietan al hombre. Medidos en la soledad de la montaña bebíamos a sorbetes, a Platón mientras clientes de árboles se secaban en aquellos páramos olvidados de Dios.

Héctor guardaba por este último filósofo griego un respeto religioso. Era para él la palabra suprema. Lo que no se discute. La verdad con mayúscula. Por ello fue que casi se desmaya cuando el gran sabio Jorge Nicolás en una de sus clases en Duilhue terminó una discusión diciendo: “Platón es directamente idiota”. La luna alumbraba, clara, la plaza del poblito, frente a la casa de Héctor conversábamos horas y horas con el maestro Nicolás. Le pedíamos luces para nuestros abismos de ignorancia. Él se defendía: “Pregúntele al Dr. Sanhueza, él sabe tanto como yo”.

“Yo es sí que Platón haya padecido de idiocia”, respondía Héctor, reventado.

Terminábamos riendo todos. Después el profesor Nicolás agarraba por el lado de las profecías y allí lo seguíamos con nuestras inteligencias bien despiertas.

¡Tantos recuerdos que nos llegan ahora que no podemos recordar junto a Héctor lo vivido! Ya no podemos decir: “Te acuerdas, Héctor, te acuerdas cuando en Talamí nos servían un suco

atráldo por los siores de la carne que se le ocurrió colgar arriba de un pumú?” Me dijiste: “Tú duermes en medio de nosotros. Si viene el puma por mi lado, con mi humanidad queda satisfecho, se va. Si lo hace por el lado de Oscar, puros huesos, se va también, aunque enojado”.

Y en otra ocasión, recuerdas que te hicimos sufrir exigiéndote que para unas conferencias que nos pediste para la aldea, recibieras una Mgnera con campo libre para los oyentes, pues desde arriba de ella y sólo desde arriba, diríamos nuestro discurso?

No te acuerdas de nada. Es seguro que olvidas cuando un 1.º de noviembre (el día de “Los Inútiles”), Fernando Alegria y un poeta extranjero de apellido Bónito quisieron expulsarte de tu casa —¡de tu propia casa!—, boicottaron con el aguardiente dolibhuato que les ofreciste en vaso grande. ¡Tu generosidad tan mal pagada! ¡Tu generosidad siempre incomprensible!

No. No te acuerdas de nada. Ahora caminas por senderos desconocidos, buscando y encontrando la paz que se mostró esquiva para contigo en este mundo.

Es posible... ¡Dios nos oiga! —que te encuentres con Oscar Castro por esas lejanías, ¡El alboroto que armaban! Ya los imagino organizando un “Foro de la Cultura” o un recital de versos. Tú podrías recordar “Marinero”, de A. d’Halmar, y si el maestro no te escucha, lo podrías repetir entero, porque... ¡ya lo olvidaste? cada vez que querías escuchar a d’Halmar: “Marinero, la velera, la noche nueva de enero lo vio del puerto zarpar...” lo amenazabas: Si no lo recita usted, lo haré yo... “Eso es chistejo”, decía d’Halmar



Augusto d'Halmar

fingiendo enojo porque sabía que tú olvidabas algunos versos y volvías a repetir la estrofa anterior como colegial de escuela pública. Conseguias que el “Almirante” se parara y repitiera para ti esos versos sonoros y dolientes. “Y cuando llegue el gran sueño y de cruz nos sirva un leño...”

Héctor Sanhueza marcó a firmar y muy adentro de nuestros corazones sus pasas por estos undarriales. Es imposible que esa mala yerba que llamamos “olvido” eche braves entre nosotros. Su muerte no será “la muerte de los muertos” de que habla Oscar Hahn. Para evitar ella estamos “Los Inútiles”, unidos por estabones de hierro a su recuerdo.

Tiene su descanso, Dr. Sanhueza; nosotros vigilamos.

"Los inútiles" de duelo [artículo] Raúl González Labbe.

Libros y documentos

AUTORÍA

González Labbe, Raúl, 1909-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Los inútiles" de duelo [artículo] Raúl González Labbe. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile